

Pablo Panedas  
Antonio Sánchez Carazo

Las familias

-y las familias religiosas con más razón,  
porque tienen memoria histórica más larga-  
son como los árboles:

ramifican, florecen, dan frutos.

La flor de la canela del árbol agustiniano  
es la Recolección.

Tan antigua, que su esqueje fue plantado  
en aquel siglo de buen tempero para la vida religiosa  
que siguió al Concilio de Trento.

Y tan nueva, que hoy se halla en plena,  
robusta, riente y esplendorosa juventud.

Porque la edad de cuatrocientos años cumplidos hace poco es,  
justamente, una edad primaveral en la vida  
dos veces milenaria de la Iglesia.

Éste es un cuaderno de historia familiar.

Si san Agustín, nuestro padre,  
tuviera que contarla a los jóvenes,  
que aplican su oído a nuestro corazón para barruntar  
con qué ritmo late, estamos seguros de que utilizaría  
estos o parecidos términos.

Es la historia de un árbol.

Pero de un árbol con savia de Agustín de Hipona.

Es la historia de su Recolección.

¡Tan antigua y tan nueva!



# El árbol que plantó Agustín

San Agustín cuenta la historia de su familia

# EL ÁRBOL QUE PLANTÓ AGUSTÍN

SAN AGUSTÍN CUENTA  
LA HISTORIA DE SU FAMILIA

Pablo Panedas  
Antonio Sánchez Carazo



EDITORIAL AGUSTINVS  
Madrid 2000

## ÍNDICE

Pórtico .....	5
---------------	---

### AGUSTÍN

Mi pueblo y mi gente .....	9
Me abro al mundo.....	12
Captado por una secta.....	15
Ambrosio.....	18
El camino de vuelta a casa.....	20
El nuevo Agustín .....	23
Como los primeros cristianos .....	27
Consumido por los trabajos .....	30

### LOS AGUSTINOS

La historia de mi familia .....	36
Y comenzaron su andadura .....	39
Bajos de tono .....	41
Las "Congregaciones de la Observancia" .....	43
Santos, sabios... y sombras.....	45
Agustinos descalzos o recoletos .....	46
El XVII, un siglo de oro .....	49
El otoño del XVIII .....	52
Siglo XIX: invierno .....	54
Primavera imprevista en América .....	56
De nuevo, a velocidad de crucero.....	58
En todo lo alto del año 2000.....	60
Los agustinos recoletos, por naciones .....	62
Direcciones de interés .....	64

#### ILUSTRACIONES:

Las láminas son obra de Santiago Bellido. A él se debe igualmente el logotipo del árbol, que inspira título y portada, además de servir como hilo conductor en estas páginas.

© Agustinos Recoletos.

Provincia de San Nicolás de Tolentino, 2000

EDITORIAL AVGVSTINVS

General Dávila, 5, bajo

28003 Madrid

Depósito Legal: Z-1482/2000

Diseño y maquetación: José Belbiure

Impresión: Arte-Impress, S. L., Zaragoza, España



## PÓRTICO

*El personaje que va a tomar la palabra está considerado en los libros como uno de los sabios más grandes que ha habido. Se le ha representado siempre como un Santo Padre y Doctor de la Iglesia, el mayor de todos. Los maestros del arte lo retratan serio, solemne, imponente. Pero todo eso a él le importa poco. Agustín no fue ni es de los que se buscan auditorios complacientes a los que deslumbrar con su rollo. Lo que él intenta, más bien, es hacerse el contradizido con la gente, salir al paso de las personas concretas -de ti o de mí- entablar conversación a solas y compartir experiencias.*

*Comprobarás que somos muchos los que podemos identificarnos con él. Tú, que eres un profesional, o un intelectual, o un artista con futuro; o tú, que has quedado atrapado en las doctrinas viscosas de las ideologías, de las*





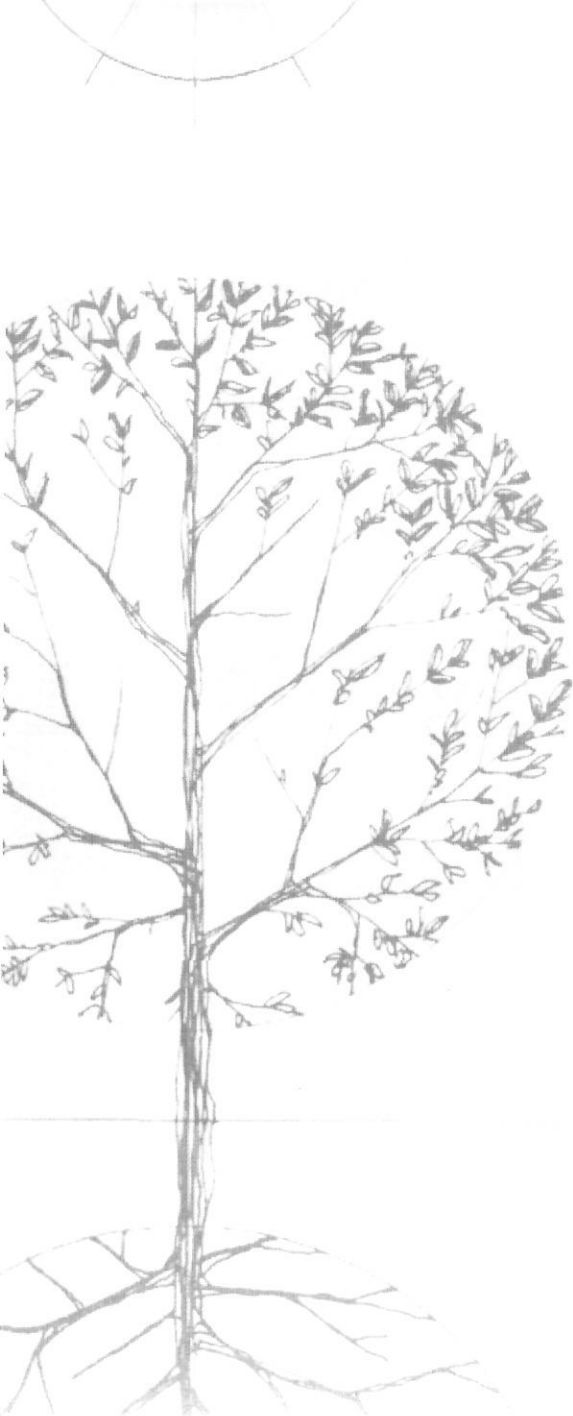
*sectas, de los fanatismos; o aquél, que se ha dejado esclavizar por el sexo o los placeres; o aquel otro, que por encima de todo ama apasionadamente a sus amigos; o el de más allá, que, sencillamente, es buena persona pero se siente vacío. Todos somos Agustín. Él recopila muchas de nuestras aficiones o pasiones. En él se entrecruzan nuestras trayectorias vitales.*

*A lo largo de más de quince siglos, son muchos los que se han mirado en el espejo de Agustín. Los que han querido calcar su experiencia y reproducirla a escala en la propia vida. Son los agustinos, de los que él también habla aquí. Y los recoletos, que brotan de su mismo tallo, al empuje de su misma savia, con la misma aspiración hacia el sol que él tenía. Todos ellos forman el cauce por el que el caudal vital de Agustín llega poderoso hasta quienes vivimos a este lado del año 2000.*

*Calidad de vida contrastada: eso es lo que Agustín y los agustinos podemos ofrecer. Ser otros 'agustines', eso es lo que deseamos a todos los lectores.*

Agustín





## MI PUEBLO Y MI GENTE

Queridos amigos:

Me llamo Aurelio Agustín, aunque quizá os suene más «San Agustín». Pero vamos a dejar los títulos a un lado para conocernos mejor. Os escribo esta carta para contaros mi vida y la de quienes han querido vivir como yo. Ser compañero y amigo de Cristo merece la pena y nos une los unos a los otros. Estando a su lado, no nos faltarán dificultades en la vida, como las tuve yo, pero en el fondo se conserva una alegría que sólo se conoce si se experimenta. Por mi parte, nunca me he arrepentido de haberlo elegido y haberle dedicado casi toda mi vida. Más aún, me gustaría que muchos participaran de ese sinfín de cosas maravillosas que se encuentran con Jesucristo. Por eso os escribo.



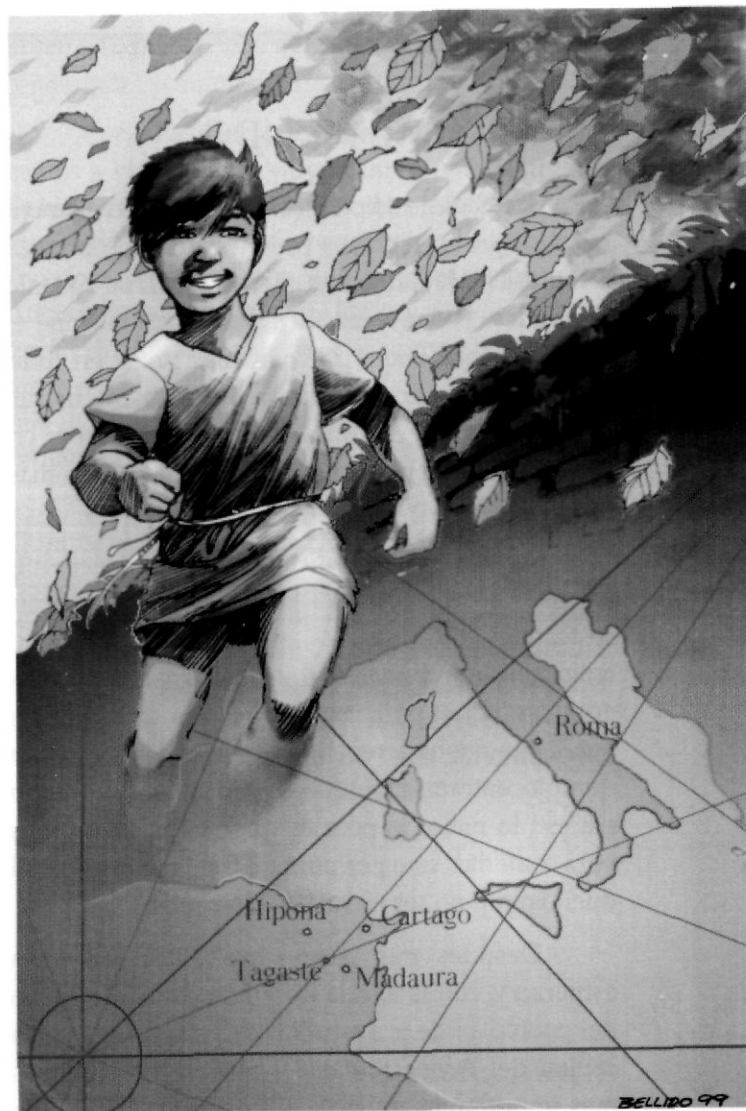
Nací el 13 de noviembre del año 354 en una ciudad de la actual Argelia. Se llamaba Tagaste y era un nudo importante de comunicaciones. Como entonces no existía la industria, la gente vivía de su trabajo en pequeños talleres, o de las labores del campo. Tagaste era famosa por su aceite y su trigo.



Mi familia era de clase media. Patricio, mi padre, tenía el cargo de concejal, cosa que entonces suponía más gastos que ganancias, porque los concejales tenían que pagar las fiestas. Mi madre se llamaba Mónica. No es por nada, pero era una mujer extraordinaria. Todos lo decían y la Iglesia lo ha reconocido así, al darle el título de santa. Los dos formaban un matrimonio ejemplar. Las amigas de mi madre se admiraban de que mi padre no la tratase mal ni le pegase, cosa que los maridos hacían con mucha frecuencia. Yo no era hijo único; tenía un hermano llamado Navigio, que murió joven, y una hermana, que con el tiempo fundaría un convento de monjas en la ciudad donde yo fui obispo.

Mi infancia fue normal, como la de los demás niños de Tagaste. Iba a la escuela y allí pasaba mucho miedo. Me castigaban con frecuencia, porque me encantaba jugar, y además quería ganar siempre. Lo que más me enfadaba era que los mayores se rieran de mí.

Era bastante religioso. Mi madre me había enseñado a rezar, y a mí me gustaba hacerlo. Me acuerdo que, cuando tenía alrededor de seis años, estuve a punto de morir por una enfermedad bastante rara, y no paraba de pedir que me bautizaran; porque entonces se estilaba bautizar de mayor. De hecho, yo me puse mejor y ya no me bautizaron; lo dejaron para más tarde.



Me encantaba jugar y quería ganar siempre



## ME ABRO AL MUNDO

En Tagaste sólo se cursaba el grado elemental. Así que mis padres me enviaron a continuar estudios en Madaura, una ciudad próxima. Yo tenía doce años, y estuve allí dos, hasta que terminé el segundo ciclo. Saqué muy buenas notas en todo menos en griego, que nunca ha sido mi fuerte. Entonces comenzó a apasionarme la literatura; en un primer momento fue la poesía lo que leí con más avidez.

Al volver a casa encontré a mi familia en dificultades económicas. Mi padre no podía seguir costeándome los estudios, así que pasé un tiempo holgazaneando y haciendo el gamberro con los amigos. A veces nos pasábamos, y hacíamos cosas de las que luego me he arrepentido mucho. Una vez, por ejemplo, entramos en un huerto a robar peras. Y no era eso lo malo; lo peor es que no las robábamos para comerlas, sino por pura malicia, por fastidiar al dueño o por no ser menos que los otros.

Después mis padres realizaron un gran esfuerzo y, con la ayuda de Romaniano, el ricacho del pueblo, pude ir a estudiar a Cartago. Ésta era la capital del África romana y una de las ciudades más importantes de todo el Imperio. Allí fui a la

universidad y los tres años que pasé fueron transcendentales para mi vida.

Conocí a una chica, nos enamoramos y empezamos a vivir juntos. Muy pronto tuvimos un hijo. Debido a nuestra situación, al principio no lo recibimos con mucha ilusión, pero pronto lo aceptamos con todo cariño. Fijaos qué nombre le pusimos: Adeodato, que quiere decir *Dado-por-Dios*. Nuestra unión duró unos doce años y fuimos felices. Más tarde os contaré por qué nos separamos. A nuestro hijo lo educamos con esmero y llegó a ser un chico brillante.

Pero lo que transformó mi vida fue un libro. Durante el último curso, teníamos que leer y analizar una obra de Cicerón, el gran orador romano. El que a mí me tocó se titulaba *Hortensio*, y lo había escrito Cicerón para animar a los jóvenes a estudiar filosofía y buscar la verdad con todas sus fuerzas. Me dejó plenamente convencido: desde entonces, todo lo que no fuera conocer a Dios, al hombre y el mundo, me parecía sin sentido.





Lo que transformó mi vida fue un libro

## CAPTADO POR UNA SECTA

La revolución que este libro causó en mi espíritu me hizo empezar a buscar la verdad con auténtica pasión. Lo primero que hice fue ponerme a leer la biblia, pero -¡pobre de mí!- sólo valoraba la literatura brillante, y la desprecié. Entonces tropecé con una secta llamada de los «maniqueos», que me engañaron y me hice uno de ellos. Creía que me enseñarían el camino de la verdad, pero todo se quedó en promesas. Si queréis imaginaros lo que era, pensad en alguna de las sectas que abundan en vuestra sociedad, o en el mundo oscuro de la droga: era algo que te atenazaba, de lo que no podías desembarazarte. Conseguir librarme me costó muchos años y muchas lágrimas; sólo gracias a Cristo pude llegar a superarlo.

Al terminar mis estudios, ya maniqueo, regresé con mi mujer y con Adeodato a Tagaste. Allí abrí una escuela. Estuve poco tiempo, en parte porque quería hacer carrera, pero también porque se me murió un amigo. Tengo que confesar una cosa: junto al ansia de saber, la otra gran pasión de mi vida fue el amor y la amistad. De vuelta en Tagaste entablé una profunda amistad con un antiguo compañero de escuela. Ocurrió que, al poco tiempo, cayó enfermo y lo bautizaron estando inconsciente. Yo lo había





arrastrado al maniqueísmo y pensaba que, al mejorar, despreciaría el bautismo. Cuál no será mi sorpresa al ver que a mis chanzas respondía totalmente en serio advirtiéndome que, si quería seguir siendo amigo suyo, tenía que respetarlo. Al poco tiempo, murió. Para mí fue un golpe tremendo. No pude seguir allí y me fui a vivir a Cartago. De él siempre he guardado un recuerdo maravilloso porque aprendí dos cosas importantes sobre *la amistad: que debe ser sincera y respetuosa, y que es más fuerte cuando Cristo cuenta de verdad en tu vida.*

También en Cartago estuve poco tiempo, el justo para ganar un concurso de poesía. Allí los estudiantes no tenían gran interés por el estudio, y además eran muy violentos; a veces, las bromas y novatadas eran demasiado pesadas, hasta terminar en tragedia, con muertes incluso. Así que decidí marcharme a Roma, con mi mujer y mi hijo.

Tampoco me agradó Roma. Los alumnos eran más pacíficos que en Cartago, pero no pagaban al final del curso. Además me volvió a dar la enfermedad que tuve de niño, y otra vez estuve a punto de morir.

Aquí, en Roma, perdí ya del todo la ilusión por el maniqueísmo. Poco antes de salir de Cartago, me había llevado un chasco con un famoso dirigente, llamado Fausto. Todo el mundo lo ponderaba como la eminencia gris. Me decían que iba a solucionar todas las preguntas e inquietudes que

tenía, porque yo lo leía todo y no llegaba a ver claro lo que decían los maniqueos. Pero vi que el tal Fausto era un pobre charlatán; algo más hábil que los demás, pero de ahí no pasaba. Y en Roma se me terminaron de abrir los ojos. Se quiso organizar una especie de comunidad donde vivir con todo rigor lo que predicaban, y los primeros en echarse atrás fueron los maestros de la secta, poniendo toda clase de excusas. Entonces lo vi claro: lo único que pretendían era vivir a costa de la gente crédula que se dejaba engañar.

Estando todavía allí, llegó uno de mis mejores amigos: Alipio. Nuestra amistad había empezado cuando yo era profesor en Tagaste. Él era de familia rica, y más joven que yo. Habíamos tenido nuestras discusiones y nuestros enfados, y hasta habíamos estado temporadas sin hablarnos; pero la amistad se había mantenido. En Roma volvimos a juntarnos, y a partir de entonces nuestras vidas irán siempre unidas.

Visto lo visto, busqué la primera ocasión para irme de aquella ciudad. La oportunidad surgió cuando se convocaron oposiciones para la cátedra de retórica en Milán, que era entonces la capital del Imperio. Tuve suerte y las gané. En cuanto pude, me trasladé a mi nuevo destino.



## AMBROSIO

En aquel tiempo Milán era la ciudad más importante del mundo. El puesto de profesor de retórica en la escuela imperial era de lo más apetecido y un trampolín extraordinario para alcanzar fama, riqueza y honores. Se alternaba con la más alta sociedad, y se podía llegar al mismísimo emperador. Yo, por ejemplo, tuve la oportunidad de pronunciar ante él un discurso en su honor que, al parecer, le causó muy buena impresión. Aunque a mí todo aquello me interesaba bien poco; lo que yo anhelaba era satisfacer la necesidad nacida en mi espíritu con la lectura del *Hortensio*.

El obispo de Milán se llamaba Ambrosio. Era el clérigo más famoso, tanto por su sabiduría como por el pulso que había mantenido con la emperatriz en defensa a los católicos. Fue el primero que se encerró en una iglesia en señal de protesta; después lo han querido imitar otros muchos. A mí me recibió muy educadamente, pero con frialdad; sabía que yo era maniqueo. Empecé a asistir a sus sermones por el simple gusto de escuchar al gran orador que era. Pero sus palabras no eran inocuas; aquellos sermones empezaron a enseñarme cómo tenía que entender la biblia, qué es en realidad la Iglesia y cuál es la importancia de la fe en nuestra vida. Así que

pensé ir a tratar con él mis problemas. De hecho, fui varias veces a verlo; o, mejor, estuve varias veces a la puerta, pero nunca me atreví a entrar.

Mi madre había llegado a Milán buscándome, y a ella sí que la apreciaba de verdad Ambrosio. Siendo como era tan perspicaz, se dio cuenta enseguida de lo que me pasaba y me insistió para que hablara con él. La muy ingenua, ponía por pantalla un insignificante problema suyo que me encargaba consultar al obispo. Yo estaba dispuesto a hacerlo, pero tampoco en esta ocasión me atreví a abrirme a él.

Fue por estos días cuando a un grupo de amigos se nos ocurrió vivir en comunidad, con la idea de ayudarnos unos a otros a encontrar lo que buscábamos. Pusimos manos a la obra: todo sería común y nos encargaríamos de la administración por turnos. Pero todo se vino abajo por causa de las mujeres. Unos estaban casados y otros esperábamos estarlo pronto, y no supimos entendernos; de modo que lo dejamos. Sin embargo, la idea ya no se me fue de la cabeza.



## EL CAMINO DE VUELTA A CASA

En este tiempo se agolparon los acontecimientos. Mi madre se ocupó de buscarme un buen partido para casarme con todas las de la ley. Pensaba que de este modo asentaría la cabeza. Debido a mi posición social, sólo podía casarme con una mujer de clase alta; así era entonces la vida. Por eso tuve que separarme de la compañera con la que había vivido tanto tiempo. La despedida fue muy triste, sobre todo para ella; ya no volvería a vernos, ni a mí ni a nuestro hijo Adeodato.

También por los mismos días me topé con un círculo de intelectuales que estudiaban a unos filósofos llamados «neoplatónicos». Esto significó en mi vida el abandono definitivo del maniqueísmo y la luz para entrever el camino que lleva a la verdad. Decidí prepararme a dar el paso y hacerme cristiano. No es que Cristo hubiera desaparecido de mi horizonte vital. De una u otra forma, yo siempre lo había tenido presente y había alimentado la sospecha, o la esperanza, de que Él me llevaría a la verdad. Mi problema era que me había alejado de la Iglesia. Ahora quería volver a ella.

Con todo, aunque los sermones de Ambrosio y la lectura de los filósofos me abrían un camino luminoso, mi espíritu no estaba tranquilo. Yo

seguía angustiado. Aún me acuerdo de aquel borracho que vi un día andando a trompicones, y recuerdo el comentario que hice a los amigos: aquel borracho era más feliz que yo; había ahogado sus penas en vino, mientras que yo, con toda mi ciencia, las seguía sufriendo.

Decidí confiarme a un tal Simpliciano, que era un sacerdote famoso por su vida y sabiduría. Él me recibió con cariño, y me recomendó leer las cartas de san Pablo. En ello estaba cuando vino a visitarme mi paisano Ponticiano. Al ver que me interesaba por estas cosas, comenzó a hablarme de los monasterios y de la vida que llevaban los monjes. Me contó la vida de Antonio, el monje del desierto egipcio, y la de unos jóvenes de Tréveris: todos habían abandonado riquezas y honores para servir a Dios y seguir con más libertad a Cristo. Y lo mismo habían hecho las novias de estos últimos, al enterarse. Se desató dentro de mí un torbellino: yo nunca había oído hablar de estas cosas y, a medida que Ponticiano iba contando, descubría que era eso lo que yo buscaba. ¡Claro que existía un modo de conocer, amar y entregarse plenamente a Dios! Ése era el camino.

Cuando se fue Ponticiano, yo estaba fuera de mí. Tenía unas ganas enormes de llorar, y me salí al jardín. Sí, aquel era el camino; pero no me atrevía a consagrarme a Dios y renunciar a las mujeres. El sexo me podía. Mientras lloraba, me imaginé a tanta





gente de toda edad, sexo y condición social que sí lo había conseguido. ¿Y yo no iba a ser capaz? Oí entonces una voz infantil que canturreaba: «Toma y lee. Toma y lee». Sentí una punzada interior: aquello iba por mí. Cogí el libro de las cartas de san Pablo y leí donde estaba abierto: *Nada de comilonas ni borracheras; nada de lujuria ni desenfreno; nada de rivalidades ni envidias. Revestíos, más bien, del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer su concupiscencia* (Rm 13, 13-14).

Dios tuvo misericordia de mí. Todo se terminó. Se deshizo el nudo que me oprimía el corazón. Me sentí con fuerzas para lo que fuese necesario y dichoso como nunca. Al fin era libre. ¡Libre! Ahora podía caminar, conocer a Dios y amar de verdad a los hermanos.

Alipio tuvo la misma experiencia que yo y los dos fuimos corriendo a contárselo a mi madre. Aquel día la casa fue el lugar más feliz del mundo. Todo fue nuevo para mí.

## EL NUEVO AGUSTÍN

Decidí comenzar a vivir imitando a aquellos monjes que había conocido por el relato de Ponticiano. Para no llamar la atención, seguí dando clase algunos días más, hasta las vacaciones. Luego, con la excusa de los achaques de pecho y voz que solía tener, me di de baja en la escuela. Era el año 386. Yo tenía 32 años, y había comenzado mi búsqueda a los 19 años. Por fin me había encontrado con Cristo.

Después de estas emociones, mi madre, Alipio, mi hijo Adeodato, algunos otros y yo nos retiramos a una finca llamada Casiciaco, que nos dejó un amigo. Allí pasamos el invierno. Nos preparamos al bautismo viviendo en comunidad, estudiando, rezando y profundizando en nuestra vocación. El 24 de abril del año 387, durante la vigilia pascual -como solía hacerse-, el obispo Ambrosio nos bautizó a Alipio, a mi hijo y a mí.

Ya poco nos quedaba por hacer en Milán. Lo que queríamos era volver cuanto antes a Tagaste y poner por obra nuestros planes. Así que nos dirigimos a Roma para embarcar. Pero, cuando esperábamos en el puerto, murió mi madre. La muerte no la cogió de improviso; al contrario, ella sintió que se moría y vivió el trance en paz y





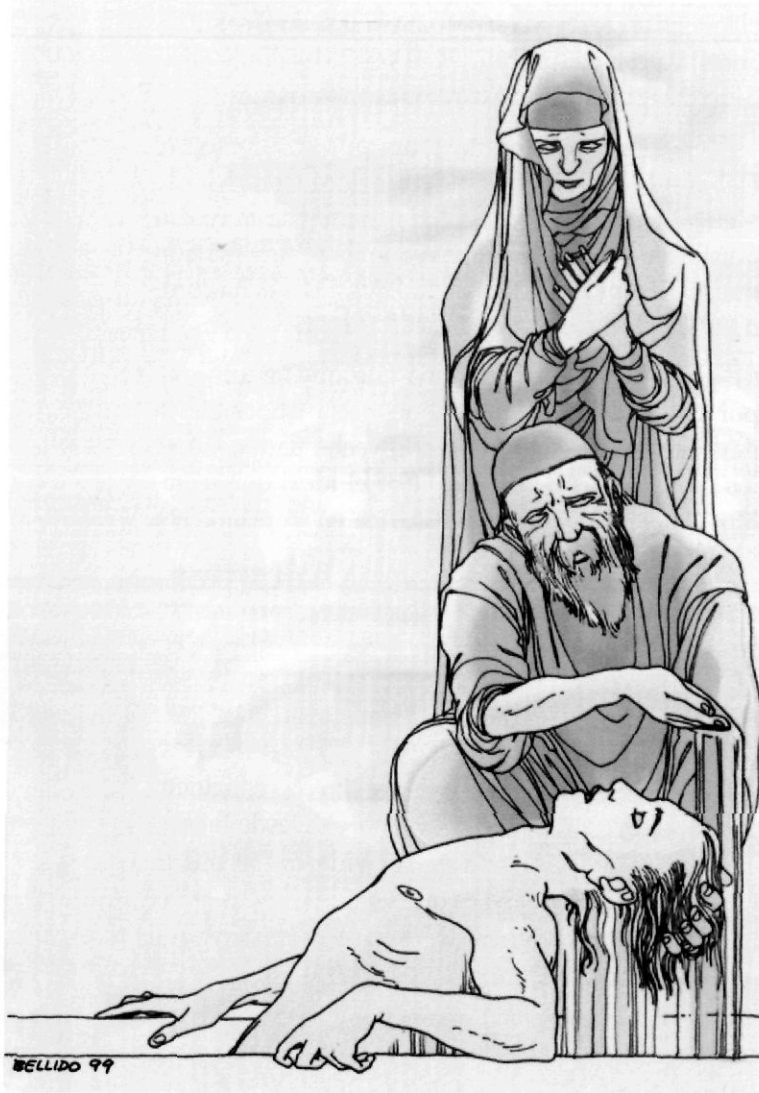
Mi madre, Alipio, mi hijo y yo nos retiramos a Casicáco

alegría. La razón me la había confesado unos días antes: ya estaba tranquila, me veía cristiano y decidido a seguir a Cristo con todas mis fuerzas.

Mónica dejó en mi vida un vacío inmenso. Había sido la mujer fiel que tanto lloró y oró por mí, y que me había seguido a todas partes hasta reconquistarme para Cristo. Por esa vida de fe y oración que es ejemplo para tantas mujeres, Dios la ha coronado de gloria.

En Roma nos tuvimos que quedar un año, por culpa de una guerra que hacía imposible la navegación. De modo que aproveché para conocer los monasterios y perfilar mejor el ideal que teníamos. Hicimos la travesía a África en la primavera del año 388.





El obispo Ambrosio nos bautizó

## COMO LOS PRIMEROS CRISTIANOS

En Tagaste repartí entre los pobres la poca hacienda que me tocaba. Sólo me quedé con la casa de mis padres, y allí hacía vida común con varios amigos. Teníamos sólo lo imprescindible, y nadie poseía nada propio. Repartíamos el día entre el estudio y la oración. En Casiciaco yo ya había comenzado a publicar libros, y aquí seguía dedicado a lo mismo. Me esforcé por demostrar la falsedad de la doctrina maniquea, y me consta que ayudé a muchos a salir de aquella trampa.

Cuando llevaba tres años en Tagaste me hicieron, casi a la fuerza, sacerdote de una ciudad costera, Hipona; una ciudad ruidosa y llena de problemas. El obispo era de lengua griega y apenas conocía nuestra lengua, el latín; necesitaba a alguien que predicase y entendiese a la gente. Desde luego, esto supuso una ruptura en mi vida. Se fueron a pique, de golpe, los planes que yo me había hecho y creía definitivos: vivir retirado, dedicado a la oración y al estudio. De repente, me encontré sumido en un mar de actividad. Aunque comprendí enseñada que ése era el camino que Dios me indicaba para servirle a él en los demás.



Ahora bien, no os penséis que por eso abandoné mi ideal monástico; al contrario, vi que el monasterio podía ser el mejor servicio a la Iglesia. Así que, con el permiso del obispo, organicé uno en Hipona. Lo mismo que en el de Tagaste, tomamos como modelo a la primera comunidad de Jerusalén que describe el libro de los *Hechos de los apóstoles*: *Los creyentes -dice- no tenían sino un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba como propios sus bienes, sino que todo era común entre ellos* (4, 32). Nosotros hicimos lo mismo. Igual que ellos, repartimos todo entre los pobres y, de lo que había en el común -fuera ropa, dinero o comida-, cada uno recibía cuanto necesitaba. Unos estudiaban, otros trabajaban, pero todos nos esforzábamos por hacer de la comunidad un testimonio de caridad y de unidad. Eso era lo importante.



Los amigos que nos juntamos vivíamos en común



## CONSUMIDO POR LOS TRABAJOS

A los pocos años me hicieron obispo de Hipona. Y como en mi monasterio había muchos monjes bien preparados y observantes, otras diócesis empezaron a pedirlos para obispos. En poco tiempo, unas diez ciudades de África estaban regidas por hermanos míos, y con ellos se fue extendiendo nuestro ideal: fueron apareciendo nuevos monasterios.

El trabajo de obispo era entonces especialmente duro. En aquel tiempo, además de ser pastor, uno tenía que hacer de juez y mediador entre la gente. Y no faltaban herejías que combatir, en defensa de los fieles menos ilustrados. Alguna era incluso violenta y físicamente peligrosa. El llamado «donatismo», por ejemplo, estaba formado por gente fanática que no dudaba en cometer cualquier crimen para salirse con la suya. A algunos sacerdotes los mutilaron y hasta llegaron a asesinarlos. Yo mismo estuve a punto de sufrir un atentado en una de mis visitas a los pueblos de la diócesis; me libré gracias al cochero, que se equivocó de camino.

Otras herejías eran para mí especialmente dolorosas, como el «pelagianismo», que negaba lo que yo había experimentado en mi propia carne: que Cristo es nuestro salvador.

En fin, toda esta actividad me exigió escribir y hablar mucho. Pasan de cien los libros que publiqué, mandé más de un millar de cartas y prediqué varios miles de sermones. ¿Que cómo encontré fuerzas para todo esto? Muy sencillo: Dios lo que nos pide nos lo concede de antemano.

Claro que también he de dar gracias a mis hermanos los monjes. Al ser hecho obispo, me cambié de casa, y en la nueva fundé otro monasterio: allí vivían conmigo los que eran sacerdotes. Su compañía, trabajo e ilusión eran para mí una fuente de energías.

Pero nadie pudo impedir que todos estos trabajos fueran consumiendo mi vida.

Para colmo, el panorama político se complicaba cada vez más. El Imperio Romano estaba agonizando. Las tropas bárbaras nos invadieron desde España y devastaron todo el norte de África. Llegaron a Hipona y le pusieron cerco. Aquellos días, no se veía más que muerte, hambre y desolación por todas partes. Y mucha gente del campo había buscado refugio en mi ciudad. Yo ya no resistía más; durante este asedio, en medio de todos mis





hermanos, me vino la muerte. Era el 28 de agosto del año 430. Iba a cumplir 76 años.

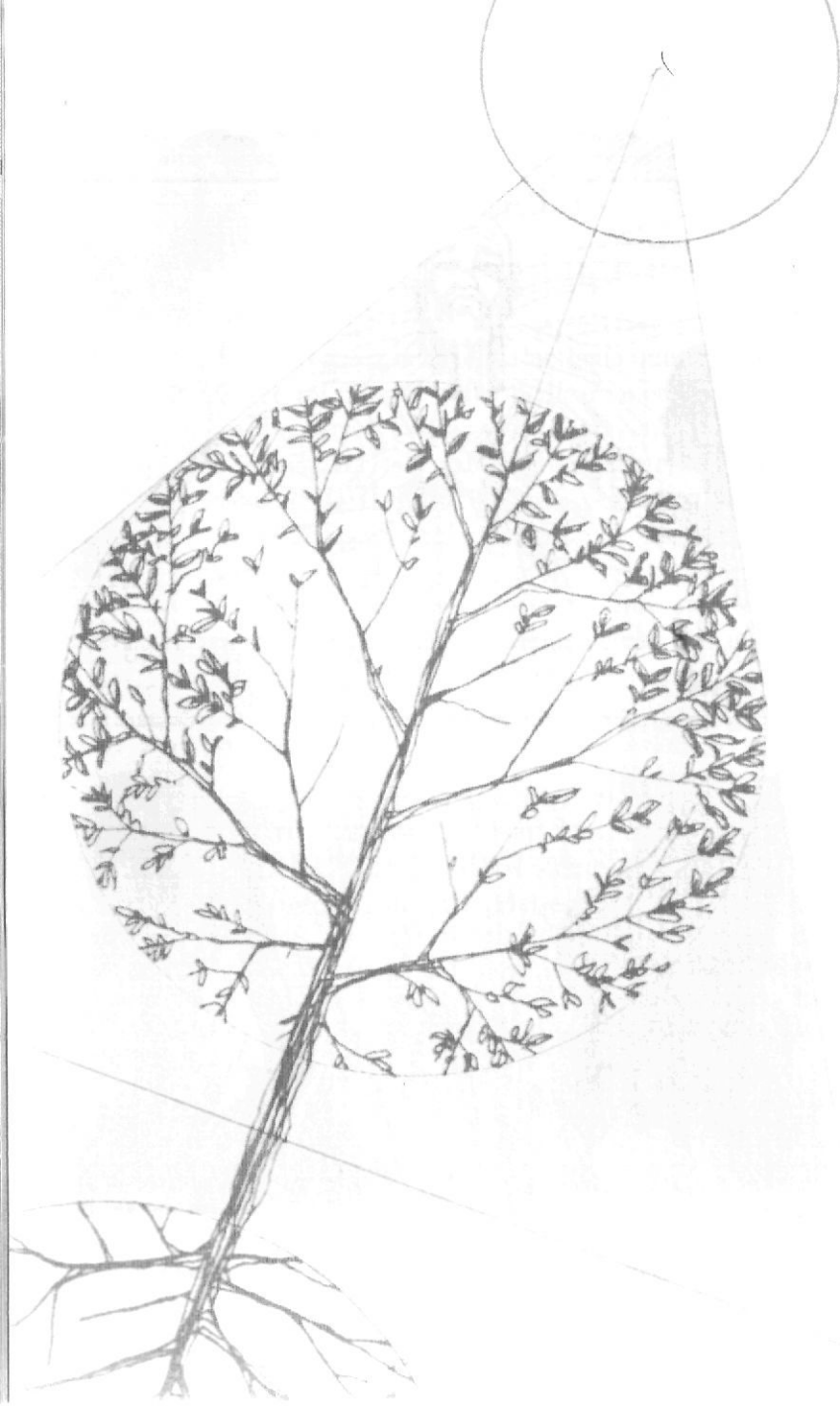


Una vez muerto, ya no tenía que preocuparme de mí mismo; podía dedicarme enteramente a mis hermanos e hijos, y es lo que vengo haciendo desde entonces. No contemplo indiferente el espectáculo de la historia, como mero espectador; al contrario, veo competir a mis hijos y me apasiono, y no dejo de animarlos, y los aconsejo y ayudo cuanto puedo. Son hijos míos, formamos una familia; sus triunfos son los míos. Es lo que he venido haciendo desde mi muerte: vivir con ellos su historia, ayudarlos en los momentos difíciles, tomar buena nota de sus glorias.

Por eso os las puedo contar ahora: las he vivido y las conozco bien. Y además me gusta contarlas. Que los viejos siempre hemos estado orgullosos de nuestros nietos.



Durante el asedio, en medio de mis hermanos, me vino la muerte



LOS  
Los Agustinos  
Agustinos

## LA HISTORIA DE MI FAMILIA

Hemos de dar un salto hasta el siglo XIII. La historia de mi familia discurre, hasta entonces, como un río subterráneo, pero ahora rebrota. Toda mi vida ha sido siempre servir a la Iglesia: es deber de todo buen hijo sacrificarse con alegría por su madre. Y en el siglo XIII la Iglesia pedía a gritos voluntarios que salieran en defensa de la fe, su carne estaba desgarrada por las herejías, muchos de sus miembros arrastraban una vida lánguida. Había que formar cuerpos especiales, bien entrenados y dispuestos a gastar sus fuerzas en la predicación con la palabra y el ejemplo. Muchos de los mejores se habían retirado de las ciudades, buscaban a Dios en la soledad y en la sencillez del campo; vivían como ermitaños, atentos sólo a sí mismos, buscando a Dios en su interior; oraban, meditaban, hacían penitencia...

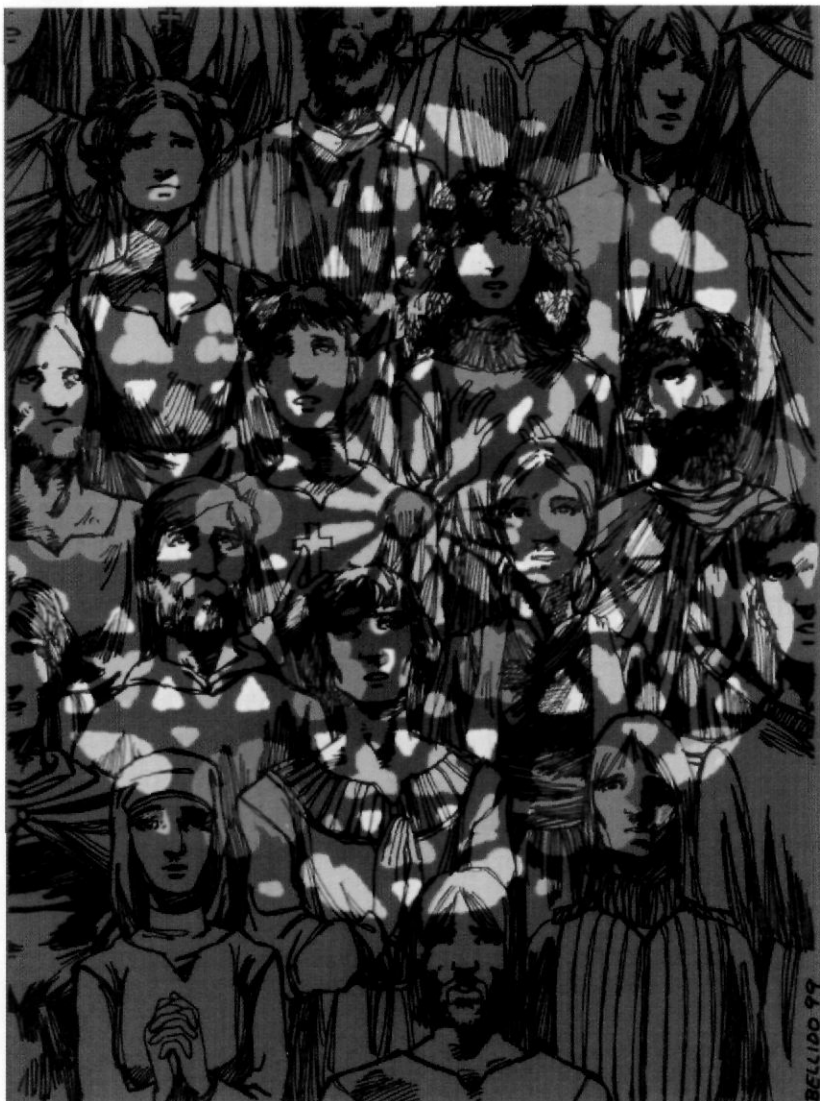
El Papa quiso unir energías dispersas, convocó a los ermitaños y los llamó al servicio de la Iglesia. El año 1256, en Roma, tiene lugar lo que llamamos «la Gran Unión»: los diversos grupos, con sus tendencias peculiares, forman un solo cuerpo y, como norma y meta de vida, todos aceptan mi regla.

Mi familia se ha enriquecido de golpe con un sinfín de hijos más. Mi vocación ha sido siempre la de restablecer la paz y la unidad. Y éstos de ahora son también hijos de la unión, de la unidad. Y llevan en sus venas la sangre de la caridad, del amor que les lleva a servir, ante todo, a la Iglesia.

Buena marcha nos queda aún por hacer.







Mi familia se enriqueció con un sinnúmero de hijos más

## Y COMENZARON SU ANDADURA

Sí, comenzaron su andadura, que no era fácil. No bastan sólo los buenos deseos. Cuando personas que han vivido independientes se juntan para formar un solo cuerpo, han de sufrir mucho. Son piedras que deben pulirse rozando unas con otras. Claro que quienes lo intentan en la vida religiosa cuentan con la ayuda de Dios. O, mejor, Dios mismo se encarga de modelarlos según Él quiere. Y este nuevo batallón de hijos míos fue, poco a poco, cohesionándose y aunando fuerzas.

Se fijaron tres metas fundamentales: formar comunidad, vivir en pobreza y dedicarse al apostolado. Era lo que la Iglesia les pedía para estar a la altura de los tiempos. Y fueron formando un grupo compacto: personas que se amaban como los primeros cristianos, personas que no tenían nada propio, sino que se preocupaban sólo del bien común. Era la lección que yo les enseñaba y que ellos se esforzaban por aprender. De no ser así, no habrían podido ser testimonio en una sociedad urbana, donde la burguesía y el comercio estaban naciendo pujantes. Y pusieron el estudio como fundamento de la Orden: eran hijos de un Doctor de la Iglesia y debían buscar



a Dios a través de la sabiduría, cultivando las ciencias humanas y la teología.

¡Qué buen plantel de teólogos y sabios nació enseguida! Sabían buscar el riego de sus esfuerzos en la oración. Y fueron conquistando el mundo: a los cuarenta años de su nacimiento, ya eran tres mil hermanos en trescientos conventos. Cubrieron toda Europa, la llenaron de hogares de cultura y santidad. Los santos, ¡cómo florecieron!: Nicolás de Tolentino, Clara de Montefalco, Rita de Casia... Yo vivía en ellos y completaba mi obra de servicio a la Iglesia. Y entre todos conseguíamos que el mundo fuera cambiando y las personas fueran mejores.

## BAJOS DE TONO

Así transcurrió más de un siglo de expansión y esplendor. No obstante, también los grupos y las sociedades tienen sus ciclos vitales, como la naturaleza y el hombre. En la historia, a una etapa de crecimiento y grandeza suele suceder otra de estancamiento y decadencia. Así ocurrió durante el siglo XIV en toda la Iglesia, y también en mi familia, entre los agustinos.

Les fue faltando el impulso, se acomodaron en los laureles conquistados, se conformaron a una sociedad rutinaria y relajada: fueron, poco a poco, perdiendo fuerza, ilusión y espíritu. Ya no se exigían tanto en materia de pobreza, consintieron la posesión comunitaria excesiva y perdieron de vista lo que tan bien habían aprendido de mí: que los bienes materiales son buenos en tanto en cuanto sirven para alcanzar a Dios.

De ello se resintió la comunidad. Yo les había inculcado que debían ser una sola alma y un solo corazón dirigidos hacia Dios, que debían mirar ante todo por lo común: ése era el indicador y la medida de la caridad. Ahora empiezan a ser normales los privilegios y las exenciones; y mis comunidades se van estratificando en clases. ¡Y pensar que el único privilegio que yo admito es lo exigido por la necesidad!



Los que después han estudiado este largo período entre 1350 y 1539 dicen que todo fue debido a la peste negra que, a mediados del siglo XIV, se llevó a uno de cada tres europeos. Las familias religiosas no fueron excepción. Quisieron luego cubrir las bajas de la peste y abrieron los conventos a todo el mundo, a gentes sin vocación, sin formación, a personas que únicamente buscaban asegurarse el sustento. Otra de las causas -según los estudiosos- fue la división de la Iglesia, el llamado «Cisma de Occidente» (1378-1417): había dos o más papas, la cristiandad estaba dividida en varias obediencias, y lo estaba también mi Orden, y cada nación, y cada comunidad. Hablan también los historiadores de guerras que no cesaban, del espíritu pagano del renacimiento...

Tantas causas debilitaron el espíritu de mis hijos e hicieron a mis comunidades complacientes con el mundo relajado. ¡Qué pena! Con lo hermoso que era su ideal primitivo.

## LAS «CONGREGACIONES DE LA OBSERVANCIA»

Menos mal que Dios es grande y vela siempre por los suyos. No todos mis agustinos eran tan conformistas. Muchos tenían un corazón fuerte, pujante: no se contentaban con llevar una vida cómoda y rutinaria, buscaban con ansia la santidad perfecta. Poco a poco fueron saltando al ruedo, primero uno, luego otro; arrastrados por el ejemplo, se les fueron juntando otros muchos, los insatisfechos, los animosos. Y fueron naciendo centros de renovación y reforma a lo largo del siglo XV. Estrecharon lazos entre ellos y formaron cuerpo: se les llamó «Congregaciones de la Observancia».

Observaban la regla y constituciones con todo rigor, al pie de la letra, sin excepciones ni componendas. Vivían con una austeridad que llamaba la atención. En ellos la vida religiosa era lo que siempre ha querido ser: denuncia y testimonio, banderín de enganche para cuantos quisieran seguir de cerca al Señor manso y humilde. Su sistema de vida se enriquecía con una pobreza extrema, con una oración intensa y continua, con el apostolado ardiente que arrastraba a las masas.

Fueron grandes hombres cortados a la medida de mi corazón: Juan de Sahagún, Juan Stone, Tomás de Villanueva, Tomé de Jesús... y tantos otros santos. Estas congregaciones crecieron, sirvieron de fermento a toda la masa. Con el tiempo, provincias y naciones enteras quedaron absorbidas por las Congregaciones de la Observancia. Ver crecer en extensión y ánimos estos grupos de aspirantes a la vida perfecta me colmaba de satisfacción y orgullo. De nuevo me reconocía en mis hijos: reconocía en ellos el fuego intenso que siempre ha devorado el corazón de Agustín.

## SANTOS, SABIOS... Y SOMBRAS

El siglo XVI es, por todo eso, un tiempo de auge y esplendor. La observancia ha cuajado, se ha convertido en una mentalidad. El protestantismo era, en el fondo, una fuerte llamada a la renovación. Y el concilio de Trento (1545-1563) no quería ser ni más ni menos que eso: una reforma. Los mismos gobernantes estaban decididos a llevar a los religiosos hasta el cenit de la renovación. Sobre todo en España; de modo especial con Felipe II.

En Castilla la Orden agustiniana brillaba con luz propia por su pléyade de santos y sabios. Lo cual no obsta para que existieran sombras que oscurecían este brillante panorama; la Observancia había llegado a englobar a toda la Provincia y, en consecuencia, había decaído bastante. Existían, como en otros tiempos, las exenciones, el apego a los cargos... Y muchos no lo podían soportar en este tiempo de espiritualidad vigorosa y exigente.

Los religiosos mejores vuelven a dejar oír su voz de protesta. Alonso de Orozco -que luego será beatificado- funda un convento de monjas de observancia estricta. Y en especial Luis de León, una de las figuras principales: catedrático de teología de la Universidad de Salamanca, gran estudioso de la Sagrada Escritura, poeta de altísimos vuelos... y, por temperamento y aspiración, fraile contestatario. Una y otra vez denuncia las faltas contra la comunidad, envía memoriales al rey y a los Capítulos, aspira a renovar la Provincia de Castilla.



## AGUSTINOS DESCALZOS O RECOLETOS

Y se salieron con la suya, como ha ocurrido en tantas ocasiones: la fuerza del Espíritu Santo, como la de las mareas, arrastra todos los obstáculos. Las aspiraciones de tantos frailes míos, secundadas por el rey Felipe II, cristalizaron en 1588. Éste es el año en que nacen los agustinos descalzos o recoletos, los agustinos que quieren llevar una vida más recogida, más intensamente dedicada a Dios y a la comunidad. Son de nuevo las aspiraciones más mías; en ellos me he vuelto a ver reflejado y me he reconocido. Tanto más cuanto que no tienen un fundador concreto; por eso los tomé, desde el principio, bajo mi especial cuidado.

He dicho que nacen en 1588. Por decisión de un Capítulo de la Provincia de Castilla o, en resumidas cuentas, por obra y gracia de la propia Iglesia. Además, según confesaron los asistentes, surgen «para no poner obstáculos a la obra del Espíritu Santo». Y en seguida son reconocidos y favorecidos por el Papa. ¿Qué más se puede pedir? ¿Qué mayor certeza de que su espíritu era auténtico?

Desde luego, casi desde el principio, encontraron dificultades: incomprendiones y rencillas de los calzados, rivalidades entre ellos mismos, varias veces estuvieron a punto de ser sofocados... Pero cuando la semilla es buena, la tierra es fértil y ayuda el cielo, la espiga siempre despunta y grana. Y yo no me quedé cruzado de brazos: los cuidé como a recién nacidos que eran, los asistí según fueron dándose leyes, tomando decisiones, en los estudios, en la oración, en todos los pequeños detalles y momentos de la vida de comunidad; los fui moldeando a mi gusto. Y mi alegría aumentaba a medida que las fundaciones se multiplicaban: primero Talavera, Portillo y Nava del Rey; luego Madrid; y después, en cascada, El Toboso, Zaragoza, Borja, Jarandilla, Valladolid, Valencia y tantos otros conventos. ¡Qué gozada!







Los fui moldeando a mi gusto

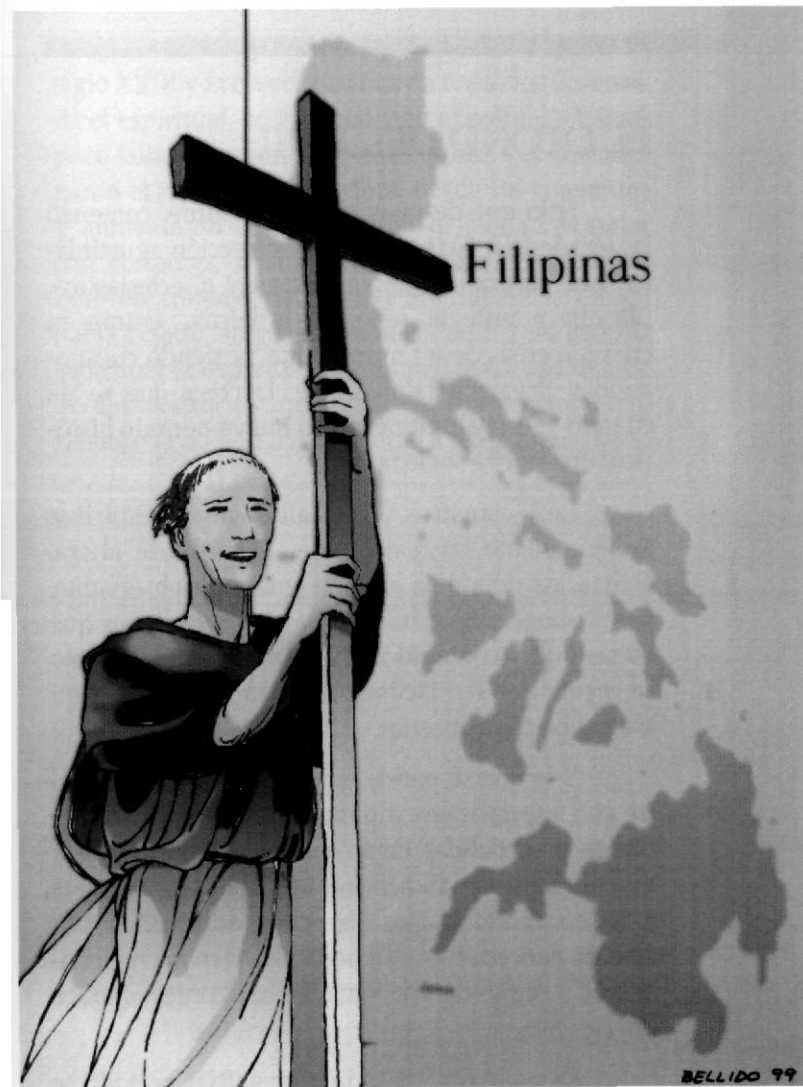
## EL XVII, UN SIGLO DE ORO

Era un remolino al revés, que se abría y ampliaba su círculo. El hambre de recogimiento entra también en los monasterios de monjas y se encienden desde comienzos del siglo XVII, hogueras de amor a Dios que caldean e iluminan toda España. En 1604, como por afinidad brota también la Recolectión en Colombia. Dos años más tarde, en 1606, la presión espiritual del nuevo movimiento lo dispara ya a la otra parte del mundo, hasta Filipinas. Casi desde el principio este naciente batallón de hijos míos avanza a igual paso, firme y largo, en todos los cuerpos que lo compondrán más adelante: los agustinos recoletos -castellanos, aragoneses, andaluces, colombianos y filipinos- y las monjas agustinas recoletas.

La historia de mi Recolectión durante el siglo XVII habría que repasarla muy despacio, degustándola: es un siglo de oro. La vida en los conventos, que rivalizaban en la dedicación más completa a Dios; la elaboración de leyes y la compilación de la propia historia, breve pero cuajada ya de glorias; la entrega total al servicio de la Iglesia en las misiones más duras; el testimonio máximo de amor que dieron tantos mártires; los beatos Francisco de Jesús, Vicente de San Antonio, Martín de San Nicolás y



Melchor de San Agustín, capitanes de cientos de mártires en Japón -la primera, mi niña mimada: Magdalena de Nagasaki. joven, guapa y santa de altar-. Era el amor de Dios, que ardía con fuerza en los corazones de mis hijos. ¿Cuándo han podido parecerse más a mí? ¿De qué modo mejor se puede hacer verdad el escudo, mío y de ellos, con el corazón ardiente atravesado por las dos flechas del amor a Dios y a los hermanos?



La presión espiritual los dispara a la otra parte del mundo



## EL OTOÑO DEL XVIII

Sólo que de nuevo, como siempre, comenzó la decadencia. No sólo en la Recolección agustiniana. Fue general. El universo civil y el eclesiástico, filosofía y teología, religiosos y laicos... entran en crisis: la crisis de un mundo que va siendo cuestionado y llegará a tambalearse, la crisis que se da cuando se está alumbrando un nuevo período histórico, una nueva sociedad.

Los claustros, que albergaban espíritus ardientemente cristianos, son, a partir de ahora, escenarios donde se arrastra una vida observante, pero rutinaria. Se echa en falta el vigor interior que dé sentido y contenido a la vida conventual. Ya no se encuentran tan fácilmente los místicos y los santos del período anterior.

Y lo que se pierde en ansias de Dios se rellena con aspiraciones mundanas. Vuelve la sed de títulos y prebendas como vía de escape del rigor monástico; se reivindica con fuerza lo propio frente a lo comunitario, los derechos adquiridos por ciencia, concesión o antigüedad; surgen los regionalismos y se pierden de vista los horizontes amplios del espíritu.

Es cierto que no todo es negativo: no todo se reduce a la rutina, al ansia de privilegios y a la vida

relajada. El campo misional aumenta durante el siglo XVIII y la cosecha es rica en todos los órdenes, en el espiritual, en el social y en el cultural. Y tampoco faltaron, ni mucho menos, frailes que se entregaron al ministerio sacerdotal desde los conventos y alimentaron con dedicación la piedad popular con cofradías, misiones en pueblos y ciudades... Pero en conjunto la tensión arterial de la Orden había bajado, su pulso era más débil. Y su anemia espiritual la exponía a graves peligros, caso de que las circunstancias ambientales no fueran muy favorables o la obligaran por fuerza a reaccionar.





## SIGLO XIX: INVIERNO

La prueba definitiva de que se conserva un mínimo de vitalidad le llega a la planta cuando los elementos se conjuran contra ella: si sobrevive a la sequía y las heladas y reverdece, es porque conserva vida. Y la Recolectión agustiniana se ve, durante el siglo XIX, machacada por las adversidades del tiempo.

Primero fue en España la Guerra de la Independencia contra los franceses (1808-1814), que se llevó por delante algunos conventos y dispersó a muchos religiosos; luego, el llamado Trienio Liberal (1821-1823) podó el árbol recoleto de sus ramas más débiles; finalmente, en 1835-1836, la desamortización echó de los conventos a casi todos mis frailes. A partir de ahora, jurídicamente, no le queda a la Recolectión más que Colombia y Filipinas. Y, tanto en España como enseguida en Colombia, se abre la etapa letárgica de los frailes exclaustrados, que viven dispersos en parroquias, ejerciendo el ministerio. De un plumazo, leyes inicuas han hecho de mi Recolectión conventual y contemplativa una Orden entregada a la cura de almas en el Oriente, con tan sólo dos conventos: Monteagudo (Navarra, España) y Manila, donde se lleva vida de comunidad.

Durante todo este período, el centro y el horizonte de la Orden es Filipinas: allí se multiplican los recoletos, pasando en sesenta años de ochenta y seis -en 1837- a quinientos sesenta religiosos -en 1898-. Es la oleada misional más fuerte de la historia de la Orden, que inunda el interior del Archipiélago y lleva a cabo la labor de evangelización y colonización más importante de Filipinas.

Mientras, la Recolectión está en situación de emergencia, con un sistema de gobierno excepcional, el de los Comisarios Apostólicos directamente nombrados por la Santa Sede. Claro que, aun en las situaciones más adversas, el fuerte temple de mis recoletos responde a la raza. Ahí están para demostrarlo hombres como los padres Gabino Sánchez, Toribio Minguella, Enrique Pérez..., y, por encima de todos, los santos: san Ezequiel Moreno y los siete mártires sacrificados en Motril (Granada, España) en 1936. Auténticos hijos de mi sangre, todos ellos; cada uno en su lugar correspondiente.



## PRIMAVERA IMPREVISTA EN AMÉRICA

La capacidad de reacción de los recoletos se demostró también en grandes empresas comunes. Quizá la más importante fue la reanimación de la Provincia de Colombia, que se encontraba en estado agónico. Sucesivas expediciones desde España fueron, poco a poco y a costa de enormes sacrificios, levantando de nuevo el edificio de la Recolectión en aquel país. El capitán de tan gloriosa empresa fue san Ezequiel Moreno, obispo de Pasto y adalid de la Iglesia colombiana frente al liberalismo. En 1992, en Santo Domingo (República Dominicana), Juan Pablo II lo presentó ante todo el Episcopado latinoamericano como Santo de América.

Sin embargo, a finales del siglo XIX sobreviene a la Recolectión la prueba más dura, la que le hace sumir las heces del sacrificio: la Revolución de Filipinas (1898), donde había unos trescientos cincuenta recoletos. Al estallido de la Revolución, los frailes tienen que escapar como pueden, dejando en las Islas treinta y un muertos.

No obstante, lo que aparentemente era una hecatombe, obligó a los religiosos a escapar a la ventura hacia América. Tras avatares sin cuento, el

estandarte recoleto se planta en Panamá y en Venezuela (1898), Brasil (1899), la Guayana, Trinidad... Ésta será la semilla que irá extendiéndose en tierras americanas hasta alcanzar el arraigo y la amplitud actuales. En estos países tienen que pechar al principio con los ministerios y lugares más duros, que siembran de religiosos muertos al embate de los peligros y las malas condiciones. Es el comienzo del renacimiento. Como es ley en la Iglesia de Cristo, la semilla de la fe y la palabra crece cuando se riega con sudor, lágrimas y sangre.



## DE NUEVO, A VELOCIDAD DE CRUCERO

A costa de muchos esfuerzos y años, la Recolectión de mis hijos va recuperándose y asentándose de nuevo. De las vicisitudes del siglo XIX les quedará, sin embargo, una huella imborrable: desde entonces los que habían nacido para dedicarse a la contemplación en el convento, por fuerza de las circunstancias -en las que reconocen la mano de Dios-, se lanzan a la vida activa y ministerial.

Del cambio se levanta acta, en 1908, en el Capítulo de San Millán de la Cogolla (La Rioja, España), que acepta la vida activa como nueva orientación de la comunidad recoleta. En los años siguientes se va obrando el reajuste -legal y vital- de la Recolectión, que, a partir de 1912, es reconocida por la Santa Sede como Orden de pleno derecho, independiente a todos los efectos de la Orden agustina.

A partir de aquí, a lo largo del siglo XX, los recoletos toman más amplio vuelo y se abren a ministerios de muy diverso tipo: misiones, parroquias, colegios, obras benéficas... En una palabra, tratan de poner en práctica el principio que yo les

había inculcado: estar siempre a la escucha de la voz de la Iglesia para atender a sus necesidades.

Por citar sólo una página gloriosa de la actividad recoleta en este siglo, mencionemos la misión que floreció, durante cerca de treinta años, en la China continental. En ella se multiplicaron conversiones y vocaciones. Todo se vio truncado por la expulsión de los misioneros, en 1953. Al otro lado del telón de bambú permaneció toda una cristiandad, de la que sólo en los últimos años se ha filtrado alguna noticia; una Iglesia de mártires que no para de crecer.



## EN TODO LO ALTO DEL AÑO 2000

¿Que cuál es su situación actual?

Forman la Orden más de mil doscientos religiosos, sin contar los cuarenta y nueve conventos de monjas contemplativas y varias Congregaciones de religiosas. Están extendidos principalmente por España, Iberoamérica, Filipinas y las áreas hispanas de Estados Unidos. Por primera vez han puesto el pie en África en 1997. Es en el África negra, en Sierra Leona; pero no deja de ser el continente donde yo nací y brotó la primera floración de compañeros míos.

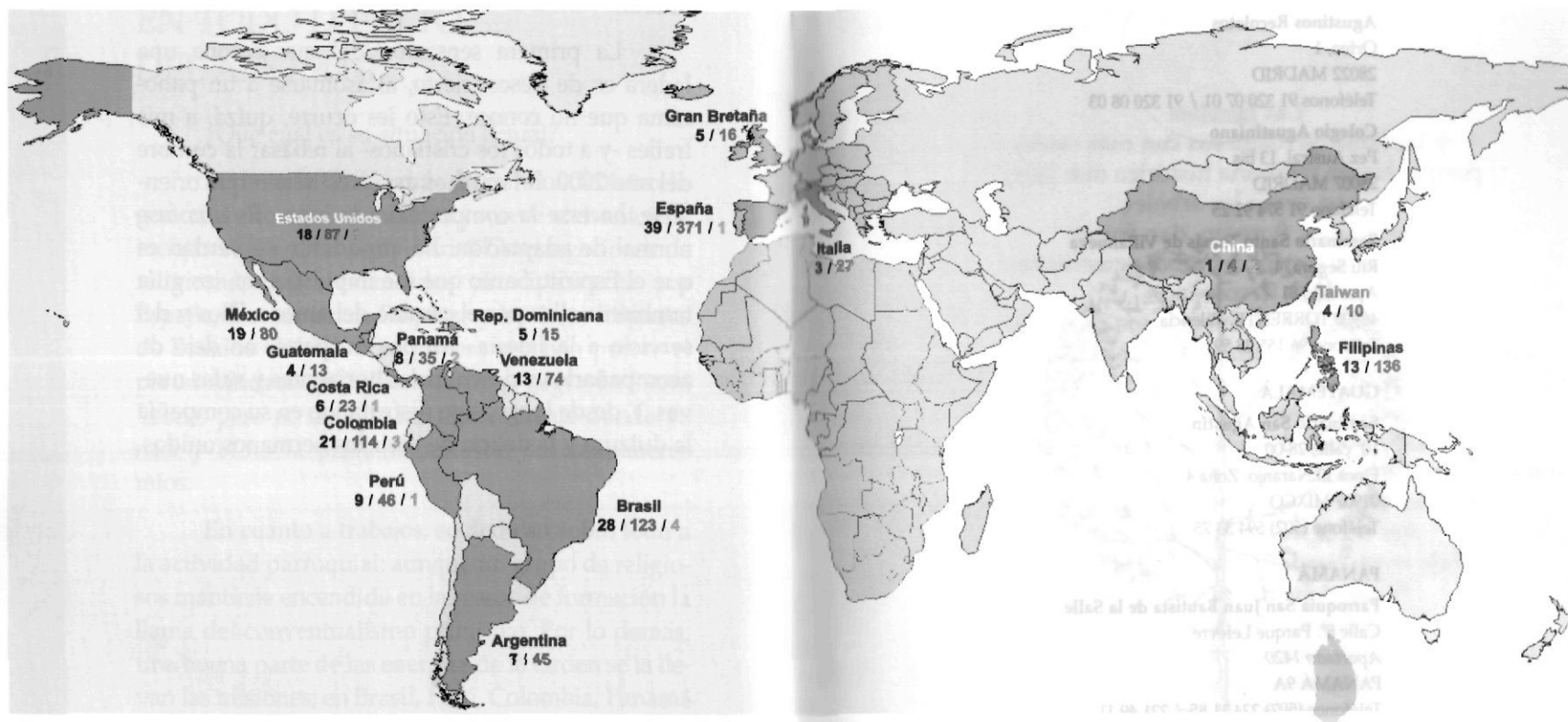
En cuanto a trabajos, se dedican sobre todo a la actividad parroquial; aunque un grupo de religiosos mantiene encendida en las casas de formación la llama del conventualismo primitivo. Por lo demás, una buena parte de las energías de la Orden se la llevan las misiones: en Brasil, Perú, Colombia, Panamá y otros países.

El aldabonazo del Concilio Vaticano II les ha llamado a los orígenes y a la reflexión sobre lo que son y lo que deben ser. Y actualmente -puedo decirlo satisfecho- en mi Recolección se ve un fermento de inquietudes, un interés por crecer a lo ancho y a

lo hondo, una profunda preocupación por hacer verdad mi aspiración a la vida estrechamente comunitaria.

La primera sensación del que corona una ladera es de desconcierto, al asomarse a un panorama que no conoce. Esto les ocurre, quizá, a mis frailes -y a todos los cristianos- al rebasar la cumbre del año 2000. En muchos aspectos tienen que orientarse, hacerse la composición de lugar. Es una fase normal de adaptación. Lo importante de verdad es que el Espíritu Santo que me impulsó a mí, los guía también a ellos por el camino del amor a Dios y del servicio a la Iglesia. Yo, por mi parte, no dejo de acompañarlos y descubrirles horizontes y rutas nuevas. Y, desde luego, sigo disfrutando en su compañía la dulzura y la delicia de vivir los hermanos unidos.

# LOS AGUSTINOS RECOLETOS, POR NACIONES\*



TOTAL	
Casas	203
Religiosos	1219
Obispos	15

\* Datos del 31 de diciembre de 1999.

En verde, las naciones en que los agustinos recoletos están presentes.  
 La primera cifra, en azul, indica el número de casas del país en cuestión.  
 La segunda, en rojo, el total de religiosos. Finalmente, en naranja, los obispos.

# DIRECCIONES DE INTERÉS

## PROVINCIA DE LA CONSOLACIÓN

### ESPAÑA

#### **Agustinos Recoletos**

Orfeo, 1

28022 MADRID

Teléfonos 91 320 07 01 / 91 320 08 03

#### **Colegio Agustiniano**

Pez Austral, 13 bis

28007 MADRID

Teléfono 91 574 92 25

#### **Seminario Santo Tomás de Villanueva**

Riu Segura, 4

Apartado 81

46900 TORRENTE, Valencia

Teléfono 96 155 28 59

### GUATEMALA

#### **Seminario San Agustín**

10ª calle, 28-00

Finca El Naranjo. Zona 4

01907 MIXCO

Teléfono (502) 594 33 75

### PANAMÁ

#### **Parroquia San Juan Bautista de la Salle**

Calle 8ª. Parque Lefevre

Apartado 1420

PANAMÁ 9A

Teléfonos (507) 224 11 85 / 221 49 11

### REPÚBLICA DOMINICANA

#### **Seminario San Agustín**

Urbanización Don Honorio

Km 11 1/2. Autopista Duarte

Apartado 129-9

SANTO DOMINGO, D. N.

Teléfono (1809) 564 40 97

